

La canción: una invitación a la literatura en contextos de dificultad

Fernanda Mugica¹

Resumen

En el contexto de dificultad de la EES 12 del barrio Autódromo (situaciones límite, vandalismo, problemas de drogadicción), mi práctica docente se vuelve un intento de darle a la literatura un lugar en la clase, muchas veces de modos poco convencionales. En este informe me interesa narrar mi experiencia de trabajo con el género poético, a partir de los gustos musicales de los propios estudiantes.

Palabras clave

Literatura – canción – poesía – gusto musical – contexto de dificultad

Este año tuve mi primera experiencia docente. En marzo, superados los obstáculos de obleas, puntajes, códigos y carteles de 'Acá no es', me presenté en una asamblea y tomé mis primeras horas provisionales en un 3° de la EES 12. La Escuela Secundaria N° 12 está ubicada en Fortunato de la Plaza 258, entre las instalaciones del Autódromo de Mar del Plata y el barrio Belgrano. En sus alrededores, la zona es rural. El contexto es claramente desfavorable: el colectivo no entra hasta la escuela (que está más atrás de la Terminal) hasta después de las 8 a.m., y mis clases comienzan a las 7.30. Durante el invierno, el horario se reduce por cuestiones de seguridad, para evitar que los alumnos lleguen de noche al establecimiento.

Mis primeros días en el Autódromo fueron aterradores. Me costaba llegar a los chicos, todo lo que proponía les parecía aburrido. Sentía que estaba trabajando con adolescentes que no tenían ningún tipo de límites, con los que no podía entablar ninguna forma de diálogo. Eran completamente indiferentes. Lo mejor que podía pasarme era que se quedaran en silencio,

¹ Estudiante avanzada de la carrera de Letras. Participa del grupo de investigación Literatura Política y Cambio. Es becaria del CIN, bajo la dirección de la Dra. Nancy Fernández y el Mág Edgardo Berg, y trabaja los diversos modos de vincularse de la literatura con Internet y las nuevas tecnologías. Actualmente, se desempeña como docente en colegios secundarios. En 2014, ganó el II Premio Osvaldo Soriano en la categoría de Poesía.

E-mail: fernanda.mugica@gmail.com

escuchando música con sus auriculares. Los auriculares parecían ser la única cosa que los conectaba con algo.

De a poco logré que me escucharan, al menos, los primeros cuarenta minutos de las dos horas de clase. Se formó una especie de pacto en el que cuando yo leía, ellos hacían silencio. No necesariamente escuchaban, pero al menos hacían silencio. La mayoría seguía con sus auriculares. No lograba que leyeran ellos en voz alta, ni que respondieran a las preguntas que intentaba hacer sobre el texto. Podría decir que de a poco empecé a tener la sensación de que las clases mejoraban, pero no sería cierto. Las clases, desde ese entonces hasta ahora, fueron siempre diferentes. Algunas veces escucharon, otras no; algunas veces se pusieron implícitamente de acuerdo para impedirme avanzar, otras veces me pidieron que siguiera leyendo. Pero, al menos, los primeros minutos se fueron transformando en una instancia de silencio, en unos minutos de escuchar un cuento, si no antes de dormir, al menos sí recién levantados.

En algún momento llegaron las netbooks. La música que antes escuchaban en el celular, ahora estaba ahí. En paralelo yo cursaba un seminario, "Sobre una idea de cultura", y tenía que elegir un objeto de estudio. El tema de lo que la música significaba para esos chicos me llamaba profundamente la atención. Entonces elegí la cumbia como objeto a investigar. Mi plan de trabajo nació de un prejuicio, porque después descubrí que lo que escuchaban no era solamente cumbia. Una mañana llevé un pendrive, le pregunté a Rodrigo si me grababa todo lo que tenía y me lo lleve a casa.

A partir de ese momento, empecé a investigar: qué música escuchaban, por qué, qué era lo que les gustaba de las canciones que elegían, cómo habían llegado a ellas. Me encontré con que uno de mis alumnos era músico. Me contó las historias de sus letras de canciones, de las 'picas' con otros grupos del barrio, de la canción que le escribieron a un amigo muerto. Cuando lo narro puede parecer un recurso, algo efectista. Siempre tuve la sensación de que mis alumnos vivían en un puro presente. Pero un día me encontré con que las letras de las canciones que

escribían no hablaban sólo de alcohol y drogas, y decían algo más que ‘es la que va’. Rodrigo escribía canciones que hablaban de la muerte como algo cotidiano. Había algo que los sacaba de ese puro presente y eran los graffittis de ‘Presente’ para recordar a hermanos y amigos muertos, o las letras de canciones, como ellos dicen, ‘para recordar a los que ya no están’.

El fin de trimestre nos tomó por sorpresa con el asesinato de una alumna del colegio, amiga de muchos de mis alumnos. Por esos días, si ellos me preguntaban para qué iban a la escuela, yo tampoco sabía qué responder. Me di cuenta de que había situaciones para las que no estaba preparada. Varias cosas que me encontré en el barrio me dieron ganas de no ir más. Y digo en el barrio, porque el problema no era la escuela; al contrario, al menos yo, vivía la escuela como un espacio de contención.

Por algún motivo, seguí yendo. En el segundo trimestre me tocaba trabajar poesía. Más precisamente, poesía de vanguardia. Pero me conformaba con que los chicos llegaran a leer algún poema que les gustara. Entonces me di cuenta de que estaba tratando de generar un interés por la literatura, estaba tratando de transmitir algo, y no estaba haciendo entrar en juego un gusto que ellos ya tenían, una experiencia estética que sin lugar a dudas atravesaban: la de la música. La música en todas partes: en clase, en los recreos, en el barrio cuando salían de la escuela, en las casas, en los autos, entre los vecinos como si quisieran hacer escuchar a los demás eso que ellos estaban escuchando, y a toda costa.

Entonces, los conceptos de sujeto poético, destinatario poético, temas, y algunos recursos retóricos, los empecé a trabajar a partir de letras de canciones. Durante varias clases, después de los primeros minutos de lectura, les hice escuchar canciones con la netbook de Rodrigo. Las primeras veces las elegía yo. Después, como tenían música en sus propias netbooks, empezaron a querer elegir ellos mismos. Ahí comencé a dudar sobre mi propuesta pedagógica, porque me encontré con canciones que rompían realmente con los esquemas de lo que yo podía llegar a trabajar. Pero en general las experiencias fueron positivas.

Los problemas de comunicación reinaron siempre. Y me di cuenta de que iban a reinar inevitablemente la primera vez que me dijeron ‘Señora, no joda’. Cuando me dijeron señora, envejecí diez años. Y cuando me dijeron ‘no joda’ me di cuenta de que ellos tenían sus propios tiempos, y que de algún modo había que negociarlos. También me di cuenta de que no tenían noción respecto de la idea de registro, y sentí que esa era una de las cosas más importantes que tenía que transmitirles. No me molestaba el ‘Señora, no joda’ cuando les insistía con el trabajo mientras tomaban el desayuno (de hecho, me di cuenta de que el desayuno merecía sus minutos de pausa), ni que me explicaran que ‘el guachín la re-flasha’ en los cuentos fantásticos, porque sin lugar a dudas sabía lo que me querían decir. Pero intenté empezar a hacer hincapié en la noción de registro, en la necesidad de reformular de acuerdo con ciertos contextos; no porque una forma de decir me pareciera mejor que otra, y acá habla mi corrección política, pero sí porque me resulta fundamental la idea de saber qué variante usar en cada momento. ‘A lo que me refiero’ dijo Mauricio en una de las últimas clases, con total naturalidad y sin ningún tipo de impostación, y enseguida se corrigió ‘wee, re cheto hablaba el guacho’. Me hizo reír y pensé que había captado unos matices bastante importantes.

Recuerdo, en particular, una mañana que trabajamos la letra de una canción que llevó Richard: “Sigo” de Fili Wey (Señora, ¿qué es ‘prosperar’? me preguntaron cuando llegó el estribillo). Otra en que la problemática de la violencia de género salió a partir de la canción “La Bella y la Bestia” de Porta. Otra en que escuchamos ‘Paisaje’ en la versión de Gilda y estuvimos un largo rato pensando en la frase ‘los dos hicimos las maletas antes de emprender el viaje’. Otra en que Rodrigo me contó que había grabado una canción con su banda y quería que la escucháramos. Una de las últimas clases, una de las chicas llevó canciones de Los Enanitos Verdes y Andrés Calamaro y felizmente terminamos escuchando canciones que también me gustaban a mí.

Escribir me parece una buena forma de autoevaluación. Si bien la experiencia fue en términos generales positiva, me pregunto si es válida como práctica. Y en todo caso, me parece siempre mejorable. Por eso considero este espacio una muy buena forma de intercambiar ideas y de reflexionar críticamente sobre mi actividad en la escuela, porque recién empiezo y me resulta un verdadero desafío. En todo caso, trabajo práctico evaluativo de por medio, aprendí muchas cosas con ellos. Y terminamos leyendo muchos poemas. Respecto de la rima, no pude convencerlos. 'Eso no pega con nada, señora. No tiene sentido'. Y en el momento de elegir, eligieron canciones. Escribieron las letras con prolijidad, en versos, y respondieron sin problemas a las consignas. El segundo trimestre lo aprobaron casi todos.